

# R

## RECOGIMIENTO

San Josemaría entiende el recogimiento en continuidad con la gran tradición cristiana y, quizás más específicamente, con la espiritualidad clásica española del siglo XVI. Ésta considera que el recogimiento posee un doble aspecto: negativo, como medio ascético para luchar contra las distracciones y controlar los sentidos, exteriores e interiores; y positivo, como integración del hombre en sí mismo y en Dios (cfr. LÓPEZ SANTIDRIÁN, 1988, pp. 257-258). Una constante es que el primero de estos aspectos está ordenado al segundo: el recogimiento cristiano está orientado hacia una experiencia de encuentro personal con Dios, de la que es condición o incluso anticipación; es la experiencia de una auténtica vida del espíritu por encima de las realidades materiales y, en última instancia, la de una aproximación o encuentro de la divinidad (cfr. SIEBEN, 1988, p. 255).

En *Camino*, las dos dimensiones señaladas se entrelazan, apuntando a la más alta meta: “Distraerte. –¡Necesitas distraerte!..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias de tu miopía... ¡Ciérralos del todo! ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo: y tratarás a Dios..., y conocerás tu miseria..., y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu

Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres” (C, 283). El recogimiento del que habla habitualmente el fundador del Opus Dei mantiene su característica de interioridad (cfr. C, 184, 319; F, 1023) de impronta agustiniana y teresiana (cfr. CECH, pp. 302-303). Es condición indispensable para tener vida interior y poder hablar con Dios en la oración. Necesita del silencio (cfr. C, 281), facilita la guarda de los sentidos (cfr. C, 368) y la lucha contra las distracciones y las tentaciones exteriores: “¿Para qué has de mirar, si «tu mundo» lo llevas dentro de ti?” (C, 184).

La tradición de la literatura espiritual clásica tiende a considerar el recogimiento como una actitud sólo “teóricamente” para todos (cfr. LÓPEZ SANTIDRIÁN, 1988, p. 262). Hay autores, como el de *Imitatio Christi*, que hablan casi siempre del recogimiento con una cierta nota de resignación, ya que consideran que un recogimiento constante sería imposible (cfr. SIEBEN, 1988, p. 254). San Josemaría, en el contexto de su proclamación de la llamada a la santidad en la vida ordinaria, se refiere a un recogimiento habitual, compatible con las actividades de un cristiano que vive en medio del mundo. “Nunca compartiré la opinión –aunque la respeto– de los que separan la oración de la vida activa, como si fueran incompatibles. Los hijos de Dios hemos de ser contemplativos: personas que, en medio del fragor de la muchedumbre, sabemos encontrar el silencio del alma en coloquio

permanente con el Señor: y mirarle como se mira a un Padre, como se mira a un Amigo, al que se quiere con locura” (F, 738). Ve el recogimiento como una actitud básica, no reservada para determinados momentos o períodos de la existencia. Se puede estar recogido interiormente –metido en Dios– aun dentro de la actividad exterior más exigente, porque “la verdadera oración, la que absorbe a todo el individuo, no la favorece tanto la soledad del desierto, como el recogimiento interior” (S, 460). Es el recogimiento necesario para entregarse a Dios en el mundo (cfr. C, 946).

Evidentemente, llegar a ser contemplativos en medio del mundo supone la gracia de Dios, un deseo sincero de vivir cara a Dios, del que brotan jaculatorias, actos de amor y otras manifestaciones espirituales, con perseverancia, jornada tras jornada. San Josemaría quiere hacer la presencia constante de Dios accesible a todos, pero es consciente de que ha de haber un progreso espiritual en la vida de cada uno. De ahí la necesidad de sujetarse a un plan de vida que ayude a avanzar en el camino superando las dificultades: meditación, oración vocal, jaculatorias, etc. (cfr. C, 375). Mediante el cumplimiento amoroso de esas prácticas de piedad se irá desarrollando la capacidad de recogimiento interior: “procura lograr diariamente unos minutos de esa bendita soledad que tanta falta hace para tener en marcha la vida interior” (C, 304). Esa necesidad de unos mínimos de “soledad”, de quietud, recordada por la tradición clásica espiritual, es también imprescindible para los hombres y las mujeres que buscan la santificación, la unión con Dios a través de realidades temporales. “El Autor –escribe Rodríguez comentando *Camino*, 304– habla desde la propia experiencia y desde la citada tradición: hay una mutua implicación entre estos cuatro conceptos: soledad, silencio, recogimiento, oración. Y esto no es sólo cosa para monjes y almas retiradas, sino algo necesario para hombres y mujeres que buscan a Dios en medio del rumor del

mundo” (CECH, p. 488). De este modo, la vida interior se va haciendo coextensiva con la vida ordinaria del cristiano. A través de la perseverancia en el plan de vida, el recogimiento llega a ser una situación estable: una señal de madurez cristiana (cfr. S, 553; F, 405; ECP, 101), que lleva a estar en sencilla y sincera presencia de Dios.

La necesidad del esfuerzo y de “materializar” la vida interior para adquirir ese recogimiento no ocultan la fuente más profunda de donde brota. Algunos autores sostienen que el eclipse de la doctrina del recogimiento que se advierte en amplios sectores de la espiritualidad contemporánea es debido al empobrecimiento y a la esclerosis de su práctica dentro de una ascesis voluntarista (cfr. SIEBEN, 1988, p. 247). Sea de ello lo que fuere, la realidad es que la enseñanza de san Josemaría se nutre de fuentes bíblicas profundas y vivas: de la contemplación de Cristo hombre, en “encendido recogimiento” (AD, 240), y de su madre Santa María, “recogida en oración” (SR, Primer Misterio Gozoso). En último término, es su propia experiencia de recogimiento, fruto de una oración hondamente vivida y notoria para todos los que lo conocían (cfr. AVP, I, pp. 313, 405; AVP II, pp. 197, 555, 616; AVP, III, pp. 465, 497), la que transmite hecha vida (cfr. CECH, p. 466). Consciente de la centralidad que tienen para todo cristiano el seguimiento y la amistad con el Verbo encarnado, es su deseo que todos puedan alcanzar ese *recogimiento cristocéntrico*: “Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad –en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano–, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que Él nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos” (AD, 300).

Siguiendo a los protagonistas de la literatura espiritual acerca del recogimiento del siglo XVI, “el espíritu humano se halla mejor en lo que ama que allá donde actúa (...); el recogimiento para amar es una fuerza que transforma en aquello en lo que uno se recoge” (LÓPEZ SANTIDRIÁN, 1988, p. 257). San Josemaría continúa esta tradición del recogimiento transformante, pero confiriéndole la fisonomía característica de su doctrina sobre la santidad en lo ordinario: que el espíritu humano ame allá donde actúa, recogiendo en Dios mediante la acción.

*Voces relacionadas:* Contemplación; Contemplativos en medio del mundo; Oración; Presencia de Dios; Vida interior.

**Bibliografía:** AVP, *passim*; CECH, *passim*; Sturnino LÓPEZ SANTIDRIÁN, “Recueillement II. Dans la spiritualité classique espagnole”, en DSp, XIII, 1988, pp. 255-267; Hermann-Josef SIEBEN, “Recueillement I. Genèse et premiers développements”, en DSp, XIII, 1988, pp. 247-255.

Javier SÁNCHEZ CAÑIZARES

## RESPONSABILIDAD

1. Libertad y responsabilidad: consideración general. 2. La responsabilidad ante la propia santidad y el apostolado. 3. La responsabilidad en las cuestiones temporales y profesionales.

El término “responsabilidad” deriva del latín *responsabilitas*, e indica la capacidad de *responder* (lat. *respondere*), en primera persona, a los deberes que nos competen o a la paternidad de nuestras acciones. Otra posible etimología implica la capacidad de cargar con el *peso* (lat. *pondus*, *ponderis*) de las cosas o de los acontecimientos; la respuesta es una decisión que compromete la personalidad, tanto de quien ha pedido consejo a un experto sobre cómo actuar, como de quien lo da, ejercitando la prudencia. Una tercera

etimología hace referencia a la capacidad de “casarse con la realidad” (lat. *sponsales*, *sponsus*), pues el esposo es el que se hace cargo de la esposa. En esa línea, *res sponsare* (casarse con las cosas), significa hacerse cargo de las cosas. Esta etimología lleva a pensar en el amor, que es el motivo que une al esposo con la esposa.

En la vida cristiana, la responsabilidad implica, en última instancia, la comunicación definitiva con Dios, o en otras palabras, la bienaventuranza, a la que cada uno debe llegar atrayendo consigo a los demás. Por eso, junto a la responsabilidad de la llamada a la santidad personal, surge la responsabilidad de hacer apostolado.

### 1. Libertad y responsabilidad: consideración general

Para san Josemaría, “la libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristiano: *la libertad de la gloria de los hijos de Dios!*” (Rm 8, 21) (...). Me gustaría que meditaseis en un punto fundamental, que nos enfrenta con la responsabilidad de nuestra conciencia. Nadie puede elegir por nosotros: *he aquí el grado supremo de dignidad en los hombres: que por sí mismos, y no por otros, se dirijan hacia el bien* (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Epistolas S. Pauli lectura. Ad Romanos*, cap. II, lect. III, 217)” (AD, 27).

De lo anterior se desprende que la responsabilidad hacia el respeto y la promoción de la dignidad de la persona humana –tanto la propia como la ajena–, hacia el bien común y la formación de la conciencia, puede ser evocada como cara de una misma moneda, cuya otra cara sería la libertad. Una libertad que, si termina en sí misma, se reduce al libertinaje, definido por san Josemaría como “una equivocada interpretación de la libertad, una libertad

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.